

# EL PORVENIR DEL OBRERO

## Acción constante

Cuando se exalta un pueblo, movido por un motivo cualquiera que le apasione, parece entonces que la fuerza popular es incontrastable. Los que eran tenidos por cobardes y resignados, se lanzan á la calle dispuestos á todo, y los tiranos, los explotadores, los que orgullosamente oprimían y despreciaban al pueblo, aquel día se esconden llenos de terror.

Pero pasa la ráfaga de la pasión, los exaltados vuelven á sus míseros hogares, los rebeldes vuelven á tomar pacientemente en sus manos las herramientas de su oficio, entran en los talleres y de nuevo los enemigos del pueblo son dueños de las calles en que un momento parecieron reinar los oprimidos.

¿Qué ha sido de aquel empuje que nadie podía contener? ¿Dónde está aquella fuerza que todo lo arrollaba?

No es la cobardía popular la que pone á los opresores en condiciones de mandar otra vez, porque entre el pueblo muchos han demostrado que no temían el peligro en los momentos más difíciles. Es la falta de táctica; es la falta de constancia en la acción.

Muchas veces hemos visto reuniones entusiastas de trabajadores que se han propuesto emprender algo beneficioso para toda la clase obrera. Los esfuerzos, la buena voluntad, los sacrificios del primer momento, hacían esperar la mayor prosperidad para la obra emprendida. Sin embargo pasan los días y lo que levantó el entusiasmo lo deja caer la indiferencia.

Estas observaciones que pueden aplicarse á cualquiera de las empresas populares, tienen mayor importancia cuando se trata de la revolución que ha de transformar el modo de ser de la sociedad.

Lo hemos dicho muchas veces: no nos proponemos efectuar un motin, ni promover una agitación estéril; nuestro propósito es destruir radicalmente todos los obstáculos que se oponen á la emancipación de los trabajadores y crear el ambiente de libertad y de armonía indispensable para que sea posible el bienestar para todos.

Esto no puede ser la obra de un momento de pasión. Esto ha de ser consecuencia de profundas convicciones, de una labor incesante, de energía adiestrada en las frecuentes luchas y no malgastada en inútiles esfuerzos, de conocimientos dificultosamente adquiridos.

No basta la pasión ni el entusiasmo de un momento; es necesaria la acción constante, la actividad no interrumpida.

El que supo luchar valientemente en las calles el día de una huelga general, cumplió con su deber aquel día; pero su esfuerzo

grande y costoso queda reducido á la esterilidad si luego en todos los días que se suceden deja de realizar el esfuerzo pequeño, insignificante, que requiere el sostenimiento de lo que está hecho y la preparación de lo que se ha de hacer.

Son procedimientos funestos para los trabajadores—la experiencia nos lo ha enseñado demasiadas veces—el de resignarse paciente y esperar de los dioses el remedio á sus males, como enseñan los sacerdotes, y el de agitarse y luchar un día de elecciones, por ejemplo, para nombrar unos pretendidos representantes que cuiden de sus intereses durante todo el año, como predicán los políticos.

No basta comprender que los dioses son de madera ó de piedra y que no puede haber verdaderos representantes del pueblo. Es necesario que lo que estos no pueden hacer, lo que fuera necio esperar de unos ó de otros, lo hagan los trabajadores por sí mismos. La emancipación de los trabajadores no será un don del cielo, ni un regalo de los políticos; habrán de realizarla los trabajadores por medio de su inteligencia, de su energía, de su constancia. De su constancia sobre todo.

JUAN CUALQUIERA

## Diálogos de Ultratumba

(La escena representa el otro mundo; lugar tan vago como el talento del poeta Francisco Copée y que, naturalmente, el lector puede imaginar á su placer. Algunas sombras se pasean, aisladas unas, en grupos otras).

LEÓN XIII. ¡A ver señores, pidan, pidan indulgencias! ¡Quién quiere indulgencias y bendiciones, a franco cada una! ¡Quién quiere indulgencias!

CÁNOVAS DEL CASTILLO (acercándose). ¡Yo, santísimo padre; permitidme besar vuestros sacratísimos pies! (La sombra postrándose ante la del papa, le besa los pies). León XIII (paternalmente). Besad, hijo mío, besad.

VOLTAIRE (á E. Zola). El infame no está aun destruido. Decididamente el género humano es incorregible.

ZOLA (á Voltaire). ¡Besar los pies!

LEÓN XIII (sacando un pergamino de un bolsillo de sus polleras pontificales y presentándose á Cánovas). He aquí, hijo mío, lo mejor de lo mejor. Me debéis dos francos.

CÁNOVAS (tímidamente). ¿No las pregonábais á un franco?

LEÓN XIII. Sí, á un franco las indulgencias ordinarias. Pero la que acabo de daros es de primera calidad: indulgencia plena y archi plena. Vamos, bien podéis pagar sin regateos.

CÁNOVAS (saca, con hondos suspiros su portamonedas; cuenta lenta y cuidadosamente su dinero y paga). Tomad Santísimo padre.

LEÓN XIII (guardando el dinero). Que sea en buena hora. Tomad; os doy de ñapa mi bendición. (Hace el signo de la cruz).

VOLTAIRE (á Zola). Cuando la Humana Bestia desciende á tal grado, los impostores tienen ¡por Cristo! mucha razón en explo-

tarla. Si soy yo, á guisa de bendición le doy un puntapié en el trasero

ZOLA. Lo hubiera aceptado y pagado con seguridad.

(Se ve acercarse un ser horriblemente mutilado; sólo tiene un ojo; un sólo brazo; carece de orejas y nariz. De cuando en cuando se agacha, ó vuelve rápidamente y con inquietud la cabeza).

EL ALMIRANTE MAKAROFF. ¡Eh! Pero es mi compatriota el Sr. Plœhwe, ó poco menos. (Aproximándosele y tendiéndole la mano). ¿Cómo se halla V. E.?

PLÆHWE. ¿Cómo? ¿Me conocen aun? (Retrocediendo un paso y mirando al almirante). ¿A quién tengo el honor de hablar?

MAKAROFF. A una de vuestras víctimas.

PLÆHWE. ¡Cielos! ¿Van á hacerme volar de nuevo? Después de todo no se muere más de una vez.

MAKAROFF. Tranquilizaos mi querido muerto. Esta guerra con el Japón, á la que vos y vuestros amigos nos habéis conducido, me ha sido fatal. Pero, después de todo, no os guardo rencor; al cabo, algún día tenía que morir.

PLÆHWE (tranquilizado). Gracias, gracias. Vuestra indulgencia me hace mayor bien, que todas las que negocia ese viejo mercader (señalando á León XIII) (tiende la mano á su interlocutor). Perdonad, si os ofrezco la izquierda; como véis, no tengo otra

MAKAROFF. Os compadezco, habéis sido un solemne pillastre; pero, a pesar de todo me inspira compasión el estado en que os han puesto. (Plœhwe, se agacha, nuevamente como buscando algo) ¿Qué diablos buscáis?

PLÆHWE. Mi nariz; no puedo hallarla. Si supiérais cual molesto es no tener nariz.

MAKAROFF (riéndose). Lo creo, sobre todo para de tan buen olfato como vos... (Cánovas, Thiers y Li-Hung-Chang, se aproximan á los interlocutores).

PLÆHWE (inquieto). ¿Quiénes son aquellos? Nihilistas tal vez, os dejo. Hasta la vista.

MAKAROFF (reteniéndole). No, os equivocáis; son vuestros antiguos colegas, eminentes hombres de estado.

CÁNOVAS (saludando). Beso las manos á vuestra gracia.

ZOLA (á Voltaire). ¡Qué encarnizado besador!

PLÆHWE (amargamente). ¡Las manos! Bien sabéis que no me queda más que una.

CÁNOVAS. En efecto, esos bandidos os han deteriorado bastante. ¿Qué habéis hecho?

PLÆHWE. ¡Oh! poca cosa. No hice más que denunciar y hacer colgar para heredarle á mi tío que me había recogido; he cambiado dos veces de religión para medrar mejor; hice prender, apalear, deportar ó matar á un cierto número de personas... quizá un centenar de miles, no lo recuerdo bien.

THIERS (con asombro). ¿Eso es todo?

PLÆHWE (modestamente). Sí, eso es todo, sin contar, por supuesto los millones que puse en mis bolsillos. Poca cosa, como us- ted ve.

THIERS. En efecto es poca cosa. Yo, Excelencia, me atrevo á decir que hice algo más que eso. Nacido en el pueblo, entre esa «vil multitud», á la que siempre he profesado el más profundo odio, odio que es quizá la única cosa á que yo haya permanecido fiel; he traicionado todos los regímenes políticos, hasta el día en que yo mismo llegué á ser jefe de estado.



LI-HUNG-CHANG. ¡Traicionar!... Si ese es el principio de nuestro oficio!...

THIERS. Yo hice correr olas de sangre. Gracias a mí, los habitantes de la calle *Transnonain* (1) han pasado un mal cuarto de hora.

LI-HUNG-CHANG. ¡Oh un simple incidental!

THIERS. Pero lo que me ha inmortalizado para siempre ha sido la represión de 1871. Al lado de ella ¿qué es el envío de algunos millares desconocidos y bien pronto olvidados nihilistas entre las nieves de la Siberia? ¿Qué es eso, al lado una ciudad como París, capital moral del mundo, entregada a las hecatombes de la matanza? Treinta y cinco mil fusilados, seis mil deportados, cien mil prisioneros ó proscritos é igual número de familias condenadas á morir en la miseria, he ahí lo que hice (irguiéndose). ¡Yo salvé el orden social!

VOLTAIRE. ¿Por cuánto tiempo?

LI-HUNG-CHANG (deferente). Aun rindiendo debida justicia á vuestros méritos, permitid, muy ilustres señores, permitid al despreciable y mezquino sér que tenéis ante vosotros, declararos que su obra ha sido diez veces mayor.

THIERS (ofendido). ¡Oh, usted exagera!

LI-HUNG-CHANG. ¿Qué yo exagero? Escuchad antes bien, ilustres señores: Nacido yo también en la baja clase social, hijo de pobres imbécilmente honrados, comprendí muy pronto que por el trabajo concienzudo no se obtiene más que humillaciones, esclavitud y miseria. Resolví, pues, no tener conciencia y hacer trabajar á los demás.

THIERS. ¡En buen hora!

LI-HUNG-CHANG. Yo tenía asombrosas aptitudes para la aritmética... para la substracción sobre todo. Esto me permitió entrar en la administración y en ella hice mi camino, no repugnando ningún negocio por súcio que él fuera; os aseguro, señores, que yo entendía bien mi oficio. Sabía trasquilar la bestia, es decir el pueblo, haciéndole gritar.

THIERS. ¡Buen negocio! Otro tanto hice yo.

LI-HUNG-CHANG. La rebelión de los Taipings estalló: eran los comuneros que osaban reclamar el derecho de vivir. Ayudé á aplastarles y corrieron arroyos de sangre en toda la tierra.

CÁNOVAS. ¡Rojo y amarillo! ¡Los colores de mi gobierno!

THIERS. Eh, que diablós señor Li-Hung-Chang, vos habéis hecho exactamente la misma cosa que todos nosotros. ¿Os figurabais acaso que se puede ser gobernante y hombre honrado á la vez?

LI-HUNG-CHANG (friamente). Yo hice despellejar, castrar, empalar y dar baños de aceite hirviendo.

CÁNOVAS. Permitidme, señores, permitidme que presente yo mis títulos y derechos á la admiración de la posteridad. Lo que vos habéis podido hacer en esa China que nosotros, sin que yo sepa por qué después de todo, llamamos bárbara, he osado hacerlo yo, señor Li-Hung-Chang, en plena Europa, en una gran ciudad civilizada; en Montjuich.

LI-HUNG-CHANG (inclinándose con admiración). ¡Es un hecho!

CÁNOVAS. Yo, al mismo tiempo que mantenía la España bajo un yugo de hierro, hice reinar la inquisición en Filipinas, provocando y reprimiendo insurrecciones, ahogando seis mil insurrectos y fusilando con música á los prisioneros.

LI-HUNG-CHANG (con éxtasis). ¿Con música? ¡Yo no había pensado en ello! ¡Oh, que genio!

CÁNOVAS. ¿Y en Cuba? Allí, el sólo sistema de los campos de reconcentración me libró de trescientos mil...

ZOLA (adelantándose). ¡Tened cuidado! Veo la sombra de Angiolillo que se dirige aquí.

(Los hombres de Estado, presos del terror se dispersan; y mientras que Voltaire estalla á carcajadas, Zola saluda á una sombra que cruza grave y pensativa).

C. MALATO

(1) Calle de París donde su fusiló á muchos federados.

## La guerra y la moralidad

La cosa es muy sencilla.

Se hace en la guerra todo lo que está prohibido en la paz. Mejor todavía; cuanto está prohibido en los períodos de paz, se recomienda eficazmente en la guerra.

«Haz á tus semejantes lo que quisieras que te hicieren.» Regla para el estado de paz.

«Haz á tus semejantes todo lo que desearías ardientemente que no te hicieren.» Regla para el estado de guerra.

La guerra es el reverso de toda la vida ordinaria.

\*\*

Es atractiva la confrontación de las realidades de la guerra con las dos fórmulas ó muletillas, si se quiere, que sirven, la una á los militares para excusarse de actos que reputan injustos é inhumanos pero inevitables, la otra á ciertos hombres civiles harto conocidos.

Se pone sitio á una plaza cualquiera. Los sitiadores destruyen con sus obuses las casas donde se guarecen las mujeres y los niños, agenos á la lucha. El militar exclama: «Tal es la guerra.» El austero hombre civil: «Es menester conservar cuidadosamente la guerra.»

Un ejército incendia, por extensión de responsabilidad, el poblado desde el cual dispararon un tiro. «Tal es la guerra», se repite. «Es necesario conservar cuidadosamente la guerra.»

Apenas hay quien en la guerra no se incline del lado del robo. El rey toma una provincia; el general se apodera de las pinturas y de las estatuas; el oficial apropiase objetos de menos valor, cualquier pequeña cosa que le recuerde el lugar donde reposó; el soldado arremete con todo lo que es susceptible de comerse y beberse. «Honor y botín son los dos alados corceles de la guerra». Sin ellos la guerra no prosperaría. «Tal es la guerra». «Es menester conservar la guerra cuidadosamente».

El militar tiene razón. Con la guerra empiezan todos esos excesos. Si no se quiere que se produzcan, dejemos de hacer la guerra. Aquellos excesos no son tanto defecto de los hombres como de la guerra misma en el sentido de que brotan inevitablemente de la naturaleza humana una vez lanzada al campo de batalla.

En cuanto á la fórmula de los austeros hombres civiles: «Es necesario conservar cuidadosamente la guerra» me parece, contrastada con los hechos, de un cómico particular, el cómico fúnebre.

PAUL LACOMBE

## Cambio de costumbres

Por medio de la emancipación del hombre, por la cultura intelectual, el desarrollo de la voluntad, el cultivo de la conciencia individual, madre del discernimiento y de la certidumbre, generatriz de la bondad, de la belleza y de la verdad.—HENRY BAUER.

Nada hay fijo en la naturaleza, nada inmóvil, todo marcha: forzoso nos es compadecer á todos los que aman el pasado, á todos los desprovistos de esperanzas, á todos los que, entristecidos, se consumen en fútiles esfuerzos por detener ó retardar el porvenir de las cosas y de los hombres. Son los vencidos de siempre que sólo pueden precipitar su derrota ó hacerla más evidente.

Todos estos hombres que reciben el nombre de conservadores, ó en términos de reaccionarios, debieron, no obstante, forjarse grandes ilusiones cuando consiguieron poner un dique á la humanidad—como pudiera hacerse con un río—por medio de leyes é instituciones fundadas en cemento romano. En diez siglos el río se estancó y convirtiéndose en pantano. Y no es mal profeta el que hoy en vista de las grietas del dique anuncia la inminencia del torrente.

Por primera vez la concepción romana de la vida se conmueve por completo.

No se trata ya de reparar, reformar, ó consolidar las actuales instituciones, tan envejecidas, sino de destruirlas; no es tan sólo la realeza y la nobleza, sino el patronato, el capitalismo, la propiedad, la religión, la familia, el Estado, la patria, las leyes, todo el sistema autoritario, cuya demolición total se ha convertido en cuestión de vida ó muerte para la humanidad. Forzoso es creer que así lo ha comprendido el instinto social cuando las costumbres son marcadamente hostiles á la organización actual que ya no aceptará más. La imperiosa fuerza de vivir, la hada de las prodigiosas metamorfosis ha transformado los corazones que aman un porvenir negación del pasado.

Si se llama revolución una evolución rápida y total, estamos en plena revolución.

Los hijos no se parecen ya á los padres; sienten de modo diferente, no hablan el mismo lenguaje; los jóvenes marchan hacia su ideal, desconocido de sus padres.

La nueva fé que los mueve es la creencia en la belleza de la vida, y esta creencia tiene por corolario el odio por todo lo que afea ó pone trabas á la vida. Este odio les guiará en su obra de aniquilamiento.

Semejante palabra no debe sugerir ninguna idea teatral ó espantosa, sino el atractivo artístico de una bella acción.

Todos cuantos piensan que la imposibilidad de ser buenos estriba en la imposibilidad de ser libres, quieren ser libres; no importa el modo de lograrlo.

Pasemos por alto las crónicas y los episodios de un acto ya aceptado y, sin duda, inevitable, y abordemos el espectáculo de la humanidad desencadenada.

Para unos es horrible visión: la palabra libertad evoca en ellos el galopar desenfrenado de una furia, de un sér más salvaje que humano, sér de locura, de crueldad y de imbecilidad, cuya vida transcurrirá entre bacanales y carnicerías. Estos son los autoritarios: piensan que las leyes, los gobiernos y los soldados son necesarios para la felicidad de los hombres pues consideran al hombre como un animal perverso y temible y quieren, lógicamente, encadenarlo.

Muy diferente es la visión para los recién llegados, para los libertarios: según ellos, la esclavitud embrutece, la libertad educa; observan que la bondad ó maldad de sus actos depende del grado de libertad que gozan, y encuentran la causa de los males de la humanidad en la organización autoritaria de la sociedad.

El sér libre no es un bruto que obra al azar de las circunstancias ó según impulsos de animalidad inferior, comiendo hasta la indigestión y entregándose á la matanza á tontas y á locas. El sér libre es ordenado según su naturaleza, obra normalmente según sus deseos, obedece á la sensibilidad, piensa estéticamente, el animal constructor de ciudades, el hombre, posee naturalmente virtudes sociales, costumbres altruistas; no se han buscado, agrupado y asociado los hombres por fuerza y sin causa, sino en plena libertad, es decir, en plena sumisión á las leyes naturales.

El terror que inspira á la autoridad organizada la humanidad libre está fundado en el conocimiento de los vicios que el sistema autoritario ha dado á sus víctimas.

El individuo que ha sufrido durante mucho tiempo los caprichos, las injusticias, las vejaciones de la autoridad, la reglamentación de todos sus actos y sentimientos, que ha caído en la más extraordinaria resignación, en la más absoluta cobardía, más vil que un esclavo, puesto que se conforma con su suerte y aun está contento de ella, el gobernado, el buen ciudadano, en una palabra, se nos presenta como una deformación moral; como un desnaturalizado cuya emancipación es peligrosa para los vecinos y no es evidentemente más que un desequilibrado, un inconsciente, un enfermo. Y sin embargo este individuo está seguro de que



sólo la práctica de la libertad puede curarlo dándole y haciéndole comprender su total importancia y su representación social al par que desarrollando su personalidad. Tal intensidad de vida sucederá á nuestro letargo actual cuando cambien de aspecto las cosas y se revele la armonía social.

Que nadie se extrañe, por tanto, si los autoritarios son incapaces de sentir las bellezas morales que entusiasman á los rebeldes.

El respeto á la autpridad, la necesidad de tener jefes, de someterse á leyes, de servir al Estado, es lo que caracteriza á las generaciones precedentes. La propensión á la servidumbre las atormentaba de tal modo que se daban nuevos amos cuando los acontecimientos derribaban á los antiguos, establecían jerarquías aun entre dos únicos individuos y llegaban hasta el absurdo de jurar amarse y obedecer siempre; el juramento de fidelidad se aplicaba lo mismo á las personas que á las cosas, á un dios, á las instituciones, á la bandera, etc. No se puede imaginar aberración más antinatural, tanto que la realidad no ha dejado nunca de formular el más rotundo mentís.

La dirección de la humanidad en el sentido autoritario era una vía demasiado opuesta á la naturaleza para poder persistir en ella; era una especie de retroceso, los ojos vueltos hacia el pasado.

Aquellos que se interesan por el presente y por el porvenir no están dispuestos á cargar con el bagaje de los errores y de las debilidades de los antiguos, los abandonan sin pesar alguno.

Desconfiados de los restos de respeto involuntario que se hayan deslizado entre ellos sin advertirlo, se guardan muy bien de obedecer y hacen tabla rasa de cuanto tiene carácter obligatorio.

No esperan nada de nadie. Que cada uno sea lo que está en su naturaleza, que nadie se vea constreñido á ser diferente de sí mismo, que se sepa, en fin, con quien se vive.

Ya que la humanidad evoluciona que se, pues, hacia la libertad, hacia la libertad verdadera.

Este es el deseo ardiente de los que no encuentran ya ningún placer en la servidumbre, ninguna hermosura en la sociedad burguesa y están sedientos de placer y de belleza.

LUDOVIC MALQUIN

## Cuento

Contadero á los niños en el año 2095.

La Caridad, una muy vieja y gastada señora, hallábase un día atareadísima en lo de poner á unos hombres arriba y á otros hombres abajo, los unos para distribuir desde lo alto y con orgullo algo de lo que otros humildemente les daban...

Pero si os reís así, no sigo, niños incrédulos.

¿No véis que de esto hará muchos, pero muchos años, lo menos mil, allá en los tiempos en que se creía en Dios?

Por entonces aun se hallaba abierto el libro de la tribulación, y todos leían en él y se daban á ella.

Había muchos dolores de más en el mundo. Los hombres eran muy malos, ó, para que comprendáis mejor, estaban muy malos. No habían llegado á humanarse todavía.

Nuestra especie sangraba á más no poder de sus mentiras, cuándo de la patria, cuándo de la religión, pero sobre todo de una muy grande llamada «propiedad», de la cual no tendréis noticia ni falta que hace.

Y acontecía que los «dineros», unas rodajas de metal con virtud de enloquecer, caían de raro en raro, por obra de la vieja, sobre la humanidad de abajo y perdíanse en un mar de lágrimas.

Porque ¡cuidado que tenía que llorar

aquella Humanidad de hombres arriba y abajo!

Mas no nos metamos en las lágrimas del pasado, no sea que os entristezcáis.

\*\*

Bueno, pues ese día que digo, la Caridad sentía una inmensa fatiga que iba á más, de tanto luchar estérilmente por que las gentes se amaran como es debido.

¡Mujer infeliz! Sentía una fiebre de tísico en sus últimos. Su cuerpo se estremecía cual arpa cólica. Por sus venas corría como en asonada la sangre de los pobres. En la retina de sus ojos fijábase tenazmente el despedazarse de las razas. A sus oídos hirviente y desgarrador llegaba el son de las aflicciones y las iras. Sudaba y sudaba el fango de los rencores humanos. Los gritos mezclados con sus grandes suspiros eran gritos de espanto ó de dolor ó de rabia, yo no sé. Y sus manos flacas y azulinas titilaban hincadas á la ropa, que eran de gran parecido al ropaje de la hipocresía...

En esto miró hacia abajo con descuido, y ¡horror! ¿Qué era aquello?

En la tierra se notaba un núcleo de rebeldes, que iban cayendo pero avanzando. Como los indios ante el dios Tarsgernatt, ellos daban su vida llena de fe ante la Justicia. El edificio de los de arriba, soterrado ya, tambaleaba...

Y fijóse más, y vió que la escupían á ella, á la Caridad.

Y se sintió más vieja y más sola, y rompió á llorar de nuevo con llorar de impotencia...

Pero no os pongáis así de tristes, querubines míos, que pronto viene lo bueno.

\*\*

Entonces se vió una gran luz, primero tirando á sangre como todas las iniciaciones, y luego verde como las hojas nuevas, y más luego blanca como la ingenuidad, y por fin, roja, verde y blanca á un tiempo, como la verdadera vida.

Y en medio de aquella luz venía una joven hermosísima, de un rostro todo ternura. Y á su paso brotaban aquí y allá desconocidas fosforescencias. Y grandiosos cantos de alegría se oían de la parte de los hombres.

Todos, grandes y chicos, parecían niños como vosotros en el quererse y en el jugar y en el cantar.

Ya no tenían sed de sangre. Ya no se iban los unos á los otros apuntando sino con los brazos abiertos. ¡Qué día aquel, qué día!

\*\*

A todo esto, se me ha olvidado decir que la Caridad había quedado como muerta.

Si salía de su sueño era para delirar y acongojarse del abandono brutal en que la habían dejado los hombres.

Sintió un golpecito en la espalda y despertó del todo, aunque no pudo al pronto abrir los ojos con tanta luz como se la ponía delante.

—¿Quién sois?—exclamó.

—La Solidaridad—respondió con aire de compasión la joven.

—No os conozco... ¿Qué queréis?

—He venido á reemplazaros, desventurada anciana. La Humanidad estaba harta de llorar y de pedir. Te despacha. Me ha llamado, y aquí estoy. Hay que tirar para arriba á esos hombres que tú pones abajo. Y tú no tienes fuerza, pobre viejecita. Más te valdría irte...

La anciana se sintió ganada por la dulzura de la joven. Pensó que buena falta la hacía á sus años descansar en otro mundo.

—Si es así—dijo—me voy.

Y se fué.

Y según se alejaba cruzábase con esplendentes lumbraradas: era la estela que dejó la Solidaridad en su venida al mundo. Pero el reguero luminoso se apagaba por el reguero de lágrimas de Caridad.

Las gentes oyeron largo tiempo sus grandes suspiros que iban á menos...

No faltó quien dedicara á la ausente algu-

nas frases afectuosas de recuerdo por su buena voluntad y porque se había marchado.

Después pareció extinguirse hasta el recuerdo.

Los hombres siguen adelante. Y nadie se daba cuenta de que hubiera un tiempo en que había que mendigar lo de uno, lo que está en nosotros, nuestra vida.

TOMÁS MEABE

## El santón

Es planta parásita que crece en todos los climas y todas las latitudes.

Una de sus múltiples manifestaciones es la de enarbolar bandera de enganche donde ha estampado previamente, á guisa de programa, algunos principios tentadores que halagan pasiones mal reprimidas y logran erigir un núcleo que circunda y aplaude á su adalid en todas las actitudes, que juzga inspiradas en las mayores vaciedades, que estima discretos hasta en el donaire de una corcoba y en la gracia de un bostezo.

Quien á merced de una oleada popular se eleva sobre las masas crédulas ó explotando la travesura, el ingenio ó la osadía, se erige en guardador de un interés general, en campeón de un principio simpático, en defensor de una idea que puede satisfacer ambiciones moderadas ó desmedidas y sabe darse arte para convencer á sus prosélitos de estar poseído de desinteresada abnegación y finge desprendimiento y sacrificios personales, ests es ó puede ser un ídolo popular. No nos aproximemos demasiado, que suelen ser de barro las esculturas y desmoronarse en la caída, y aun descalabrar al cándido adorador á quien alcance la figura en el descenso, que á veces motiva el soplo más ligero de la brisa, dejando aliviado de la pesadumbre importuna que le abrumara el deleznable pedestal, que poco después se desmorona grano á grano, sin que quede reliquia de aquella existencia efímera y grotesca.

Quien cae bajo la férula de un fariseo es un desgraciado; el que hace coro á un santón y contribuye á endiosarle es un incauto.

## Enseñanzas antialcohólicas

### El alcohol y los suicidios

Por lo general una persona se suicida porque es desgraciada, miserable, y por no tener voluntad de reobrar.

¿Y no es certísimo que el alcohol crea miseria y destruye la voluntad?

Sí, es una verdad demasiado triste por lo demasiado ignorada.

Y así está comprobado por numerosas estadísticas que los suicidios aumentan con rapidez, paralelamente al aumento de consumo de alcohol.

### Biblioteca de

#### «El Porvenir del Obrero»

- 1 **La Ganancia**—Consideraciones generales según el criterio libertario, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
- 2 **El Patrimonio Universal**—Conferencia sociológica, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
- 3 **La Anarquía**—por Eliseo Reclus; 15 céntimos.
- 4 **La Mujer**—Consideraciones generales sobre su estado ante las prerrogativas del hombre, por Teresa Claramunt; 15 céntimos.



## De Barcelona

Leemos en la prensa diaria:

«El juez especial encargado del proceso de la calle de Fernando, ha declarado concluso el sumario y mañana lo remitirá a la Audiencia.

»A los procesados Miranda, Picoret, Pujol, Tosas, se les hará la oportuna notificación para que designen abogado defensor.»

De manera que el proceso sigue su curso y siguen todavía en pie las acusaciones contra los compañeros Pujol y Miranda. No han sido bastantes las pruebas aportadas por éstos demostrando plenamente que ellos no han podido ser los autores del hecho de que se les acusa. El sumario ha sido remitido a la Audiencia y es seguro que seguirán las actuaciones hasta la celebración del juicio oral.

Nosotros esperamos que en la Audiencia quedará demostrada toda la falsedad de las acusaciones contra dichos compañeros. Tenemos la seguridad de que allí se verá claramente de qué medios se han valido para que Picoret y Tosas declararan lo que no es verdad.

Es seguro que seguirá todavía el estado excepcional contra los dos últimos nombrados y que no se les permitirá comunicar no sólo con los compañeros, sino ni siquiera con aquellos a quienes la ley les da derecho para ello, con los abogados, como se ha venido haciendo hasta ahora. Quizás sigan en tal estado hasta la celebración del juicio. Pero de todas maneras durante los autos tendrán que hablar con los defensores; en el juicio tendrán que carearse con los que ellos acusan y allí aparecerá demostrada la inculpabilidad de Miranda y Pujol.

No esperamos, sin embargo, que se castigue a los culpables de que tal acusación haya pesado sobre dichos compañeros y de las molestias y disgustos causados a ellos y a sus familias. Esto sería pedir peras al olmo.

Prueba de ello (si no tuviéramos bastante con lo sucedido en otros hechos semejantes) es que el juez Sr. Moreno, que faltó abiertamente a la ley en la instrucción de este proceso no entregando los autos al Juzgado correspondiente, ha sido premiado por el Gobierno con una cruz. También fueron premiados Tresols, Portas, Laureano Díaz y todos los que más se han distinguido por su saña contra los anarquistas, y con el tiempo hemos de llegar a ver condecorado al dinamitero ex-teniente de la Guardia Civil Sr. Morales.

Nosotros lo que hemos de procurar que aparezca claramente una vez más, es que la policía no repara en los medios cuando se trata de hacer méritos y demostrar que cumple con el fin para que fué creada. A ver si por fin se convence la opinión y no da crédito nunca más a las patrañas que se inventan contra los anarquistas.

JULIÁN MONZÓN

## ECOS Y COMENTARIOS

La policía de Madrid ha detenido a un compañero que llegó hace algunos días a aquella capital procedente de París, enfermo gravemente, por lo que tuvo que ingresar en un hospital.

Sin consideración a su estado lo metieron en una infecta celda de la Cárcel Modelo y según las noticias de la prensa burguesa se temía mucho por su vida.

Parece que se le acusa de tener participación en el atentado contra el Rey, a pesar de que en aquella fecha dicho compañero no estaba en París.

A la policía, en su afán de descubrir al autor del atentado, se le antojan huéspedes los dedos y basta que un individuo sea anarquista y haya estado en París, para que en seguida vea en él al que lanzó la bomba.

Por esto se siguen una después de otra las planchas policíacas.

El referido compañero, que por las trazas

es inocente del hecho que se le imputa, se está pudriendo en el calabozo y a juzgar por su estado es muy fácil que tengamos que registrar un nuevo crimen cometido por los encargados de administrar la ley.

La huelga de carpinteros en el taller del Sr. Giménez, de esta ciudad, de la que dábamos cuenta en nuestro número anterior, se ha solucionado con un triunfo por parte de aquéllos, dando dicho señor completa satisfacción al operario agraviado, en un remitido publicado en *El Liberal*.

Para mañana, sábado, se prepara la celebración de un mitin anticlerical en el local del antiguo Circo Colón.

Una buena prueba de la bondad de las leyes y sobre todo de aquello de la *igualdad ante la ley*:

Al compañero Castellote, preso en la cárcel de Barcelona y encausado por la publicación de unas hojas que la autoridad quiere que sean clandestinas estando autorizadas por un buen número de sociedades obreras que firmaban al pie de la citada hoja, le pide el Sr. Fiscal cuatro meses y un día de arresto mayor. Dicho compañero lleva ya cinco meses de prisión preventiva, es decir mucho más de la pena que se le pide y no puede salir en libertad porque le exigen dos mil pesetas de fianza.

Si dispusiera de esta cantidad gozaría de libertad y es seguro que al celebrarse el juicio, aun siendo condenado, quedaría libre por tener ya cumplida la pena. Pero como no dispone de dicho dinero tendrá que estar en la cárcel algunos meses más, hasta que se les antoje a los señores jueces.

No decimos esto porque nos sorprenda, pues cosas mayores que estas se suceden a cada momento, sino, como decimos al principio, para dar una prueba de la *igualdad ante la ley*.

La Oficina de la Federación Regional Española ha establecido su domicilio en la calle Orzán, núm. 25. 1.º, La Coruña, donde puede dirigirse toda la correspondencia a nombre del secretario, Santiago Serrapio.

Hemos recibido el primer número de *El Nivel* eco de la Federación de Albañiles, Peones y similares de España.

Dirección: Centro Obrero, Mantería 49 al 53, Valladolid.

Los compañeros del grupo «Luz y Vida» de Santa Cruz de Tenerife, proyectan celebrar una velada en el Centro Obrero y piden a los que puedan hacerlo les envíen algún trabajo para darle lectura en dicho acto.

De San Luis nos participan que ha sido inscrita civilmente con los nombres de Juanita Libertad, una hija de nuestros amigos Benito Portella y Juana Sintés.

Nos dicen también que la niña está la mar de contenta por haberse librado del remojón bautismal.

## PAPEL IMPRESO

LA GRANDE GREVE. Roman social, par Charles Malato.

Bajo este título de *La Grande Grève* ó *huelga general*, ha escrito Malato una hermosa novela en que describe todo el infierno de la sociedad actual y las luchas de los esclavos modernos por su liberación. Malato, como ya saben nuestros lectores, no sólo es una poderosa inteligencia puesta al servicio de los oprimidos, es también un literato que sabe revestir sus pensamientos profundos en forma sencilla y amena.

*La Grande Grève* forma un tomo de 500 páginas, publicado por la *Bibliothèque des Auteurs Modernes*, 16 rue des Fossés-Saint-Jacques, Paris-Ve. Su precio francos 3'50.

Hemos recibido el primer número de

*Buena Semilla*, revista quincenal de crítica social y letras que han comenzado a publicar algunos compañeros nuestros de Barcelona. Contiene el siguiente sumario:

*Nuestra misión*, por la Redacción.—*Errores pseudo científicos*, por A. López Rodrigo.—*Un poco de moral*.—*El sietemesino*, por V\*\*\*.—*¡Al polvo!*... por M. Rey.—*Ibsen*, por Ludovico Jærstenny.—*Conocimientos útiles. Higiene del Tuberculoso*, por José Posa Varela.—*Párrafos curiosos*, por Stelio Effrena.—*Deber y amor*, (Drama en tres actos y en prosa) por Guillermo Fernández.—*Criterio libertario*, por Leopoldo Bonafulla.—*Crónica Norte-Americana*, por J. Vidal.—*Al surco*, por Miguel Rey.

A juzgar por la buena presentación de dicho número le auguramos una buena acogida.

Precio del número, 10 céntimos.

Administración: Mariana de Pineda 5, entresuelo, 2.ª—Barcelona (Gracia).

Los compañeros de esta isla que deseen suscribirse pueden pasar aviso a nuestra Administración.

El número 44 de *Natura*, correspondiente al 15 del actual, contiene el sumario siguiente:

*Eliseo Reclus*, por la Redacción.—*El Hombre*, por Eliseo Reclus.—*Las falsas consecuencias morales y sociales del darwinismo*, por A. Fouillée.—*Lección de cosas*, por Clemencia Jacquinet.—*Moloch*, por A. Calderón.

Dirección: Floridablanca, 126, 1.º, 2.ª—Barcelona.

La Escuela Moderna, de Barcelona, ha publicado el tomo tercero de *Psicología étnica*, por Ch. Letourneau.

Este tomo comprende los puntos siguientes: *La mentalidad divina*.—*La mentalidad ed el mundo egipcio*.—*La mentalidad semítica*.—*La India y su mentalidad*.—*La mentalidad helénica*.

Su precio como los demás tomos, es de dos pesetas ejemplar.

De venta en nuestra Administración.

*Suscripción para los compañeros presos en la cárcel de esta ciudad a consecuencia de las luchas obreras.*

SUMA ANTERIOR, 174'95.

MALLÓN

Lorenzo Arnau, 0'25.—Juan Fortuny, 0'25.—María Aragonés, 0'10.—Luis Vila, 0'25.—J. Mir, 1'00.—José Ripoll, 0'20.—Antonio Coll, 0'10.—José Sintés, 0'25.—L. F., 0'25.—Manuel Rotger, 0'25.—Antonio Mari, 0'25.—Lorenzo Barber, 0'10.—Camitas, 0'20.—Antonio Carreras, 0'25.—Cristóbal Pons, 0'25.—Juan Manent, 0'25.—Pedro Garriga, 0'50.—Noguera, 0'25.—P. E. 0'25.—TOTAL, 5'20.

CIUADADELA

Antonio Sastre, 0'75.—Palmira Sastre, 0'25.—TOTAL, 1'00.

VILLA-CARLOS

Mariano Mari, 0'25.—María Mari, 0'15.—Palmira, 0'75.—Antonio Vidal, 0'25.—Bartolomé Pons, 0'25.—TOTAL, 1'65.

SAN LUIS

Máximo Pena, 0'25.

SUMA TOTAL, 183'05.

## LAS RUINAS DE PALMIRA

Una peseta el ejemplar.

Pueden adquirirse en nuestra Admon.

## CORRESPONDENCIA

*Jumilla*.—J. T. La dirección es: Castillo 170. *Cullera*.—A. P. Recibidos sellos. Hacemos modificación.

*Habana*.—J. G. Hacemos modificación.

*Godelieta*.—V. L. Recibidos los sellos.

*San Feliu de Guixols*.—J. P. Aumentamos paquete.

*Oviedo*.—L. G. Recibida 1 peseta. Cambiamos dirección.

Imprenta de «El Porvenir del Obrero»—Castillo 170, Mahón.